

KANDI STEINER

FAIR CATCH

Un pase al corazón

CROSS
BOOKS

KANDI STEINER

FAIR CATCH

Un pase al corazón

CROSS
BOOKS

ADVERTENCIA: Incluye contenido sensible

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Fair Catch*
© del texto: Kandi Steiner, 2022
© de la traducción: Marta Carrascosa Cano, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2025
ISBN: 978-84-08-30562-0
Depósito legal: B. 11.508-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Riley

Dos años después...

Con la bolsa de deporte colgada de un hombro, me recogí el pelo en una coleta alta y apretada. Ese simple gesto era una señal para el resto del cuerpo, para mi cerebro.

Significaba que era hora de trabajar.

Todavía se notaba el verano en el ambiente, aunque la brisa suave que recorría el campus de la Universidad de North Boston anunciaba la llegada del otoño. Disfruté de la caricia mientras recorría la distancia que separaba mi residencia temporal y el estadio, crujiéndome el cuello por la impaciencia de que llegara el primer día de la pretemporada.

Eran unos nervios distintos a los de mi primer día en el campus, en mayo. Aquel estuvo cargado de la excitación que imaginaba que experimentaría todo universitario de primer año: la emoción de estar solo, el terror de averiguar lo que significaba eso, la presión de descubrir qué quería hacer durante el resto de mi vida.

Mayo traía consigo el comienzo del trimestre de verano, sacar adelante dos de las asignaturas más difíciles antes de

que llegara el otoño y, con él, el fútbol americano. El verano conllevaba adaptación al sol con mis nuevos entrenadores, levantar pesas y hacer ejercicios de patadas «voluntarios». Era duro, pero no era más que un entrenamiento, algo que hacer mientras esperábamos a que llegara el día.

La pretemporada de otoño.

Que empezaba precisamente hoy. Ya iba a trabajar con mis entrenadores en el campo, obtendría el material de preparación y empezaría a pelear por un puesto en el equipo titular.

Las nubes surcaban el cielo en ondas que parecían hechas de algodón, con el destello del sol asomando entre ellas. Un millón de diferentes tonos de azul y dorado bailaban de tal manera que me recordó a uno de mis artistas favoritos: Charles Harold Davis.

Resulta extraño que apenas dos años atrás fuera lo único en lo que podía pensar, lo que me consumía. Aparte del fútbol, mi vida consistía en planear mi próxima escapada a un museo, gestionar mi propia colección de arte, soñar con unas prácticas que me llevaran a un puesto en el que estaría a cargo de un museo entero.

Una promesa había cambiado mis prioridades, me había redirigido.

Y aunque no era lo mismo, me sorprendió descubrir hasta qué punto el fútbol americano me iluminaba de la misma manera, cuánta pasión sentía por ese deporte que siempre había considerado inalcanzable.

Ahora que había conseguido entrar en el equipo, haría todo lo posible por conservar mi puesto.

La expectación se apoderó de mí como una descarga eléctrica sin fin mientras escaneaba la tarjeta de identificación en el estadio y me adentraba por el pasillo. Tenía más masa muscular que la primera vez que había entrado en estas instalaciones, la cabeza más despejada y el corazón más firme.

Los últimos meses, no, los últimos años me habían preparado para esto.

Estaba lista.

Cuando atravesé la puerta de los vestuarios, me alegró ser tan madrugadora. Saludé con un gesto con la cabeza a Holden Moore, un estudiante de primer año que no me extrañaría que fuera el primer *quarterback*. Se estaba vendando el tobillo y me devolvió otro gesto con la cabeza que interpreté como una mezcla de impresión y recelo. Aún no confiaba en mí, cosa que me parecía bien.

Yo tampoco confiaba en nadie.

En el vestuario había algunos chicos más: un defensa que reconocí del gimnasio, un receptor famoso por su desempeño del año pasado y, por supuesto, los entrenadores y preparadores físicos.

Me siguieron con la mirada mientras me dirigía a la taquilla provisional que me habían asignado; durante el próximo mes tendría que pelear con uñas y dientes si quería mantenerla toda la temporada. Me habían ofrecido una beca, claro, pero eso no me garantizaba un puesto en el equipo.

Mientras me preparaba, algunos me observaban con atención, con la mirada fija en mí antes de volver enseguida a lo que estuvieran haciendo. Otros me miraban con descaro, con una expresión entre la confusión y la sorna. A medida que iban entrando más chicos, recibía cada vez más miradas de ese tipo, pero las ignoraba y me concentraba en prepararme para mi primer lanzamiento delante del entrenador Sanders.

Cuando eres la única chica en un equipo de fútbol americano, te acostumbras a las miradas.

No te queda otra.

Por suerte, en el instituto practiqué mucho.

No tardé en atraer no solo las miradas de mis compañeros

de equipo, sino también las de todos los alumnos, profesores, personal administrativo y padres del Instituto Hollis. Si añadimos lo que le ocurrió a mi hermano, el primer partido que jugué fue un frenesí mediático que nunca llegó a desvanecerse del todo.

Tenía su parte buena. Muchos de los medios de comunicación elogiaron al entrenador por haber seleccionado a una pateadora, como si fuera él quien se hubiese ganado el derecho a estar en el campo. Los mejores destacaron mi talento, sin aludir a mi sexo, e hicieron preguntas respetuosas en las ruedas de prensa que el entrenador me organizaba semana tras semana. Y, por supuesto, había compañeras que pensaban que era increíble, que me elogiaban por luchar contra el patriarcado, se hacían camisetas con mi número y las llevaban todos los viernes por la noche.

Aun así, sabía diferenciar entre las que eran sinceras y las que me observaban con esa mirada, la que me daba a entender que en secreto esperaban que fracasara.

Ese mismo sentimiento me ardió en la piel mientras me ponía los pantalones cortos y la camiseta para entrenar. El personal de administración había insistido en preguntarme si estaba cómoda en los vestuarios, e incluso me ofreció una sala privada, si así lo deseaba. Pero yo no quería distanciarme más de mis compañeros de lo que mis tetas ya lo hacían por mí, así que opté por quedarme con los chicos.

A la señorita Pierson, la orientadora del equipo, le preocupó bastante esa decisión, y solo la aprobó después de analizarme a fondo en varias sesiones. Después de hacerme prometer que la avisaría a la primera señal de cualquier cosa que debiera tener en cuenta, aceptó a regañadientes, y me pareció que entendía mi postura cuando le dije lo difícil que me resultaría encajar sin añadir un trato especial, como un vestuario o una ducha aparte.

No me desnudaría allí, claro está. Y, francamente, la ropa interior y el sujetador deportivo cubrían más que cualquier traje de baño que hubiera visto en la última década, así que no me preocupaba demasiado.

¿Y si le molestaba a alguno de los chicos del equipo?

Problema suyo.

Mientras me vestía, fueron entrando más miembros del equipo; nadie me dirigió la palabra.

No me importaba. Tampoco tenía ganas de hablar.

Una vez estuve lista, me metí el casco bajo el brazo y salí al campo a toda prisa; me uní a los que ya estaban calentando y esperamos a que el entrenador se reuniera con nosotros. Faltaban unos diez minutos para la hora de la presentación de los informes, y yo siempre había seguido la filosofía de que, si no llegabas pronto, ibas tarde.

—¡Primer día de la pretemporada! ¡Aquí estamos!

Miré hacia arriba desde donde estaba haciendo flexiones y vi a Kyle Robbins con el móvil en alto y dando una pequeña vuelta, mostrando el campo detrás de él mientras besaba el casco.

—Vamos a por el número uno. Primicia mundial, solo para vosotros. Más os vale ir pidiéndome los autógrafos ya, porque esta temporada va a llevarme a lo más alto.

Puse los ojos en blanco, me centré en mis ejercicios e hice todo lo posible para ignorar su triste explicación de lo que era la pretemporada de otoño a su público en directo a través de las redes sociales.

Kyle era un ala cerrada con talento y con un ego tan grande que me sorprendió que no tuviera que arrastrarlo detrás de él en una camilla al correr por el campo para hacer una recepción. Era uno de esos tipos que se aprovecharon de la nueva política de publicidad en cuanto fue implantada, y yo estaba bastante segura de que había ganado más que mis dos

padres juntos con todos los contratos que había conseguido solo el año pasado.

No lo juzgaba por hacer dinero. Estaba en su derecho.

Pero no quería que me distrajesen.

—Y mirad, incluso tenemos a una pateadora —le oí decir, y gruñí para mis adentros, terminé las flexiones y me puse de pie de un salto.

Justo a tiempo para que su brazo sudoroso me rodeara los hombros y mi ceño fruncido apareciese en la pantalla de su móvil.

—Suéltame —gruñí, encogiéndome de hombros.

—Anda, ¡saluda a nuestros fans! Son los que nos van a animar durante toda la temporada. —Hizo una pausa—. Bueno, si llegas a jugar, claro.

Apreté los dientes ante la insinuación, porque él, como muchos otros, creía que había conseguido la beca únicamente porque tenía vagina en lugar de pene. Pensaban que era una maniobra de relaciones públicas.

Cualquiera lo bastante estúpido como para pensar que a un entrenador de fútbol universitario le importaría eso por encima del talento no merecía que gastara energía en explicarle lo contrario.

Lo ignoré y empecé a hacer saltos de tijera, pero Kyle no paró.

—Me han impresionado bastante los esfuerzos que ha realizado esta señorita durante el verano. Siempre llega temprano, se queda hasta tarde, hace todos los ejercicios. —Hizo una pausa, bajando un poco la voz—. Pero ¿sabe patear? ¿Puede seguir el ritmo de los chicos duros? —Chasqueó la lengua—. Eso está por verse.

Pasé de los saltos directamente a los ejercicios de rodillas, no porque me hiciese falta entrar en calor, sino porque necesitaba algo que me evitase estrellar el puño contra la nariz de Kyle.

Eso no daría buena imagen el primer día.

—Venga, bombón —suplicó—. Unas declaraciones. ¿Crees que vas a entrar en el equipo?

Sin decir una palabra, empecé a mover los brazos para aflojar los hombros y tratar de concentrarme. Estaba claro que Kyle no iba a dejarme en paz, así que decidí que no había mejor momento que este para practicar cómo ignorar el ruido y centrarme en el trabajo que tenía entre manos. Muy pronto me iba a tocar hacerlo con una multitud rugiendo en mi contra, esperando a que fallara un tiro.

Murmuró algunas cosas más antes de chasquear los dientes y hacerme un gesto con la mano. Exhalé un suspiro de alivio al ver que por fin se había rendido.

Entonces volvió a mirar su móvil con una sonrisa de satisfacción y dijo:

—Debe de estar en esos días.

Me quedé quieta, dejé caer los brazos a los costados mientras él se reía a carcajadas y le daba codazos a otro jugador al que no reconocí y que se reía con él. Me crují el cuello, dispuesta a pegarle a ese niño, pero no tuve la oportunidad, porque lo empujaron por detrás.

Kyle se tambaleó y se sorprendió durante apenas un momento antes de darse la vuelta, cabreado y dispuesto a pelear.

Y se encontró con Zeke Collins.

Este era unos cinco centímetros más bajo que él, pero eso no le impidió hinchar el pecho y hacer que Kyle se encogiera ante su mirada asesina. Había visto esa mirada clavada en sus víctimas más veces de las que podía contar, e incluso cuando no me la dirigía a mí, me daba escalofríos.

Zeke era de primer año, igual que yo, pero su buena reputación le precedía, no como la mía.

A mí se me conocía por ser una chica en un deporte do-

minado por hombres. A él, por ser el primer seleccionado del país.

Me enfurecía el respeto que recibía, en comparación con lo que yo tenía que aguantar.

En los meses que habían pasado desde que nos graduamos del instituto, Zeke había ganado peso, había pasado de niño a hombre de la noche a la mañana. Era corpulento, tenía los hombros anchos, los brazos morenos y llenos de músculos, las piernas fuertes y largas como los tocones de un árbol. Se había dejado crecer su negra cabellera, que solía llevar corta, y se la peinaba con un recogido muy tirante, con diseños a los lados y uno a juego sobre la ceja derecha.

Entonces recordé por qué lo evitaba a toda costa; no era solo porque lo odiase, sino porque ningún odio podía evitar que me lo comiese con la mirada, o que mi cuerpo traicionero ardiera cuando lo tenía cerca.

—¿Qué cojones te pasa, tío? —dijo Kyle, que todavía estaba grabando mientras le plantaba cara a Zeke—. ¿Tienes algún problema?

—No, pero lo tendré si no muestras algo de respeto por los demás y escuchas cuando alguien te dice que no quiere salir en tu patético teatro.

—No es teatro —se mofó Kyle—. Es un directo de Instagram. Y puedo grabar a quien me dé la gana.

—¿Ah, sí?

Lo que pasó después ocurrió tan rápido que no pude percatarme de todo, pero el teléfono de Kyle terminó en la mano de Zeke, quien lo lanzó a la mitad del campo.

Kyle gritó como si se tratara de su primogénito en lugar de un dispositivo móvil con una funda protectora. Entonces, se volvió en el acto y empujó a Zeke, que debía de haberse preparado, porque apenas se movió ante una fuerza que yo sabía que era brutal.

Este no le devolvió el golpe. Simplemente se acercó a él, mirándolo como si no lo intimidase enfrentarse a un jugador veterano más alto y grande que él.

—Es una chica. Lo hemos pillado. ¿Te crees gracioso por bromear sobre ello? ¿Crees que eso te hace grande y malo? —Negó con la cabeza—. Madura, tío. Esto es un equipo. Y ella —dijo, señalándome a mí— es tu compañera.

Kyle tragó saliva, me miró y volvió a centrarse en Zeke.

No se disculpó, pero tampoco siguió discutiendo. En cambio, le lanzó una mirada con la que prometía que pagaría por lo que había hecho, y luego corrió hacia su teléfono.

Entonces, cuando la gente volvió a moverse y el silencio se llenó con conversaciones o con los ruidos del calentamiento, me di cuenta de lo mucho que nos habían estado observando. También de que Zeke recibía un respetuoso asentimiento por parte de Holden, un gesto que indicaba que le cubría las espaldas.

Entrecerré los ojos.

—Puedo arreglármelas yo solita.

Zeke arqueó una ceja, se metió el casco entre la cadera y el antebrazo y se giró para mirarme.

—Lo dices como si no lo supiera ya.

—Pues no luches mis batallas por mí.

—No estaba luchando nada. Kyle se estaba comportando como una idiota, y lo sabía. Ya estamos en pretemporada, y en lo único en lo que deberíamos centrarnos es en el fútbol americano.

—Exacto. Es la pretemporada. Y es la única oportunidad que tengo de demostrar que merezco pertenecer a este equipo tanto como cualquier otro. —Invadí su espacio personal y le golpeé con fuerza en el pecho—. No necesito más bromas sobre que eres mi hermano mayor, el protector.

—Nadie dice eso.

Arqueeé una ceja con los labios fruncidos.

—Dicen que soy tu novio, el protector.

Esa sonrisa arrogante me cabreó casi tanto como lo que acababa de decir; gruñí y miré a mi alrededor para asegurarme de que el entrenador aún no estaba en el campo antes de empujarlo.

—¡Eso es peor todavía! —siseé.

—No te preocupes —dijo entre risas—. Lo he desmentido. No me interesa que las chicas guapas crean que estoy contigo.

Entonces me recorrió con la mirada, y la forma como curvó los labios encendió mi rabia. Me levanté para darle un puñetazo en el brazo, pero él atrapó mi mano con facilidad, bajó la voz y se me acercó.

—Esto ya no es el Instituto Hollis, Novo —dijo, llamándose por mi apellido, tal como hacía todo nuestro antiguo equipo—. Estamos en la universidad. Vas a necesitar un amigo.

Hablaba en una voz tan baja y tenía una mirada tan sincera que, por un segundo, vi al niño con el que crecí. Vi los días de verano en nuestro patio y las noches de invierno junto a la chimenea. Vi al chico que me protegía contra viento y marea, igual que Gavin, que pasó de ser solo el amigo de mi hermano a mi propio amigo, y luego... a algo más.

Pero al parpadear, vi a mi hermano en la cama del hospital y a Zeke con la cabeza gacha mientras me contaba lo que había pasado la noche que jugó con la vida de mi mellizo.

—No eres mi amigo —le espeté—. Eres amigo de mi hermano, y no entiendo por qué sigues siéndolo.

Tragó saliva, y no me extrañó el temblor de mis palabras, pero tampoco me importó que le dolieran.

Lo decía en serio.

Aparté el brazo y levanté el casco del suelo.

—Sal de mi camino a menos que sea para atrapar el balón que he pateado —advertí.

Luego troté por el campo hacia donde el entrenador acababa de hacer sonar el silbato.